

La anécdota que enciende la memoria

El viaje más corto

ÓSCAR CASTRO GARCÍA

Editorial Eafit, Medellín, 2017, 181 pp.

EN EL texto que abre esta selección de cuentos del escritor y profesor universitario Óscar Castro García (Medellín, 1950) se revela una clave que me hizo entender pronto lo que vendría. “Cuando escribo, muchas voces llegan como un aguacero en el silencio [...]. La anécdota intrascendente salta a la memoria, la situación adquiere vida, los personajes actúan y hablan” (p. 5). Pues bien, ya entrado en el libro no encontré cuentos en un sentido estricto, aunque el libro terminó por transformarse —como ya se verá— en una ficción escrita a manera de epílogo y manifiesto. Se trata más bien de un anecdotario personal compuesto a modo de diario de viajes, en donde, incluso, me llegué a encontrar con poetas que hace rato viven fuera de Colombia, como en el episodio que abre y nombra el libro. Dos años después del atentado de las Torres Gemelas, Castro García escribe lo siguiente:

No pude escribir, me dediqué a hablar por teléfono con mis amigos y parientes de este país. Y estuve viendo el vacío que dejaron las dos torres que desafiaban el mar, la ciudad y el mundo, y en la acera un hombre pedía apoyo a su *homelessness* [...]. Sentí mucho frío y un poco de soledad. También miedo cuando después de conversar con el poeta Aguasaco sobre su depresión en Queens, quedé solo en las calles con Manhattan al fondo. (p. 14)

No podría afirmar que lo narrado aquí se trate de algo intrascendente, pero el género, como tal, me habla más bien de relatos cargados de lirismo y nostalgia con los que el autor se abre camino para visitar esos lugares de la memoria en un personalísimo álbum familiar, hasta contar historias que pasan de la contemplación reflexiva a una narrativa ingeniosa aquí a manera de *desdoblamiento*. Así, *El viaje más corto* hace parte de un género que está a medio camino entre el monólogo y el cuento como estructura, sobre todo

por lo que este libro en particular significa dentro de su obra. Licenciado en Filosofía y Letras y maestro en Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, Castro García ejerció la docencia en literatura en la Universidad de Antioquia por algo más de 30 años. Aparte de varios libros de cuentos, ensayos académicos y una novela, *El viaje más corto* significa una apuesta más personal por el sondeo interior, visto a través de una ruta que el libro traza desde cuatro momentos específicos —“Allá”, “Escala”, “Aquí” y “Arriba”— y con los que el autor pasará de las postales de viaje de Nueva York a la narración entre personal y ficcional de México y Medellín. Relatos muy *sui generis* que a su vez componen un todo con el que se configura el metarelato final, “Viaje a Madagascar”.

De vuelta al primer cuento y entretejido en la descripción de la ciudad, aparece el tánatos a través de los funerales de una mascota. Se narra el viaje del protagonista Nueva York-Providence-Washington para velar el recuerdo de tres perros, Jackson —a quien suministran en este trance la inyección letal—, Conga y Mariposa, que da paso a velar otros difuntos:

[...] quizá éramos como esos perros desahuciados de la vida y de la sociedad y hasta del amor [...] mientras el perro se calcinaba en el horno y ella esperaba que se lo devolvieran pronto, y yo que le quería contar que a Antonio lo habían matado unos muchachos en el Parque Nacional de Bogotá, que Fabián había muerto de cáncer y que a Jorge también lo había matado un muchacho al que amaba. (p. 21)

Esa anécdota, que configura el pretexto para traer de vuelta otros asuntos, instaura en el siguiente texto, “Perdidos en Central Park”, todo un homenaje a los afectos, en un recorrido de turista por sucesos como el asesinato de John Lennon, justo cuando en su caminata por Nueva York sus pasos los llevan hasta el edificio Dakota: “Entonces recuerdo la noticia de su asesinato allí cerca, por un solitario fanático” (p. 31). De allí se desprenden nombres de calles, incluso películas que por capricho la memoria asocia sin quererlo con aquel Beatle, “en

ese momento recuerdo a Polanski y *El bebé de Rosemary*”. El siguiente episodio-cuento nos pone en el contexto de un escritor al que invitan a un congreso de literatura y el tema de su ponencia es “La escritura literaria como fuente de felicidad en medio de la violencia urbana y de la muerte, una proyección del romanticismo en la posmodernidad”. No dejo de pensar que ese es precisamente el tema que este conjunto de textos encierra. A veces insustanciales, los acontecimientos nos llevan por itinerarios y actividades fútiles para, de vez en cuando, volver a la prosa presuntamente poética y jugar a la tabla ouija develando hechos que, en tanto avanza el libro, van perdiendo su tufillo de solemnidad.

El periplo mexicano que enmarca el segundo apartado del libro, “Allá”, asume un tono más osado en cuanto parece que cada ciudad tiene sobre sí su propio clima narrativo. “Vibrante aterrizaje (de otra historia)” cambia de narrador y eso se hace plausible al encontrar un encendido relato de bachiller que habla sobre su encuentro con la ciudad

Del Distrito Federal a estas hondonadas no es mucho el tiempo que gasta un avión. A lo lejos se divisa un paisaje aburrido, desde el aire se ve muy monótono el planeta, alrededor de él giramos, montañas, ríos, valles, nubes... (p. 55)

En defensa de la verosimilitud, habría que aclarar que este episodio en particular acude a una voz menos apegada a la realidad que la del Castro García de Nueva York, razón por la que este vibrante aterrizaje es narrado a toda prisa, incluso con algunas licencias en el texto en cuanto al uso de espacios, puntos y comas. Nuestro ponente de literatura vuelve “infelizmente” a escena en el episodio titulado “La cabeza del felino”, y allí el narrador nos habla de Quetzalcóatl, de su aburrimiento en la ciudad a la espera de trámites, exámenes y cosas de adultos serios, hasta ir de nuevo a las andadas en procura de alimento espiritual, acaso la casa de algún escritor, “uno de los más prestigiosos intelectuales mexicanos; escritor de unos cuarenta libros de arte, literatura e historia, investigador y docente” (p. 80), y muchos bla, bla, bla, que sirven de cruce de

las ideas para el viaje prometido que se anunciara en el exordio inicial.

Abre el tercer apartado del libro, “Aquí”, el texto “Vaivenes de un escritor”, relato en segunda persona donde el autor habla de manera coloquial, muy al estilo paisa, de las vicisitudes de la edición, “escuchame bien para que entendás por qué me siento así ahora delante de vos” (p. 87), con lo que luego retomara la compostura en aras de seguir narrando su empresa literaria, entre Camus, Cortázar, Hemingway, botellas de guaro, cuentas por pagar, ferias del libro y un sinfín de entuertos y personajes de la fauna local y libresca. Un relato personal donde el cuento como género reaparece, justo en medio de una perorata sobre el mundo de los libros, los distribuidores y las librerías. De vuelta al relato que trascurre a otra velocidad, diferente a la de la reflexión contemplativa de la primera parte, la idiosincrasia se mezcla en “El cumpleaños de Gloria Nancy” con unos cuantos famosos desconocidos y —desde luego— música. El relato de una rumba salida de control donde hasta la policía hace su arribo en medio de sonos, trova cubana y canciones de Pink Floyd, cosa que no pasa en “Ahora” y “Engracia de las hortensias”, solemnes monólogos que terminan de delinear un personaje-autor con el que, de tratarse de anécdotas reales, ya tenemos otro tipo de trato: encontramos en sus reflexiones personales alguna confesa alucinación, justo cuando, junto al personaje de “Engracia de las hortensias”, hallamos el relato de un objeto mágico cuyo contenido nos es velado por el autor, “tal vez lo mejor sea enterrar estos hermosos y valiosos objetos junto a las raíces de mis flores” (p. 157).

Cierra el libro el breve apartado “Arriba”, compuesto por “Vuelo a Madagascar”, al parecer arribo triunfal a las cuestiones fundamentales y donde su personaje es transportado a una nueva realidad, aquí ya no *sentimentario* de los vivos sino el resumen de noticias de quien dice estar muerto. Teclea sin pausa en su máquina de escribir mientras afuera llueve endemoniadamente, casi como la frase que abre la justificación del libro, “voces que llegan como un aguacero en el silencio”. En todo caso, este episodio más que en Medellín o cualquier

vereda del Valle de Aburrá, sucede en el Hades: el escritor recuerda su vida y el foco del relato es retrospectivo omnisciente, hasta que descubrimos la epístola que le sirve como catequesis de ultratumba: “Ya no hay bienes ni cuerpo ni tranquilidad”. Ya desde un profuso ejercicio de metaficción, aquel difunto mimetizará el recuerdo en una especie de arrebato extracorporal, ahora encarnado en los pensamientos de un español de viaje a Madagascar. Ya no hay bienes ni cuerpo ni tranquilidad”. A su vez, un profuso ejercicio de metaficción mimetizará el recuerdo, el de aquel difunto cuya alma se cruza con la de un español de viaje a Madagascar.

Carlos Andrés Almeyda Gómez